

VICENTE GARCÍA HUIDOBRO FERNÁNDEZ

PASANDO Y PASANDO ...

: : : : CRÓNICAS Y COMENTARIOS : : : :

Santiago de Chile
IMPRENTA CHILE
== 1914 ==

PEDRO ANTONIO GONZALEZ

PEDRO ANTONIO GONZALEZ

Fué nuestro Pauvre Lelian. Paseó por nuestras calles su poesía y sus dolores hasta irlos a depositar en un jergón del hospital. Así Verlaine.

Su vida fué un poema de dolor como el más doloroso de sus versos. Vivió «tan pobre como Homero y tan grande como un dios».

En Pedro Antonio González principia la verdadera poesía chilena. Es nuestro maestro.

González era un poeta culto, cultísimo. Conocía el latín y el griego y, como pocos en este país, las literaturas clásicas.

Su riqueza de léxico, su riqueza y novedad de consonantes asombra.

Cultivó casi todos los géneros poéticos con igual acierto. Su poema épico «El Toqui» es una maravilla de su género. «El Monje» es un poema de amor y de dolor cuyos versos lánguidamente rítmicos a veces y otras de una ardiente dulzura incomparable están impregnados de una emoción honda que enferma. Tuvo composiciones tan nuevas como «Mi Vela», tan profundas como «Meditación», que parece escrita por un filósofo lírico.

Es indudable que González estaba empapado del alma de Víctor Hugo. El había sondeado al gran genio francés, había escudriñado sus abismos y sus cumbres. Lo había comprendido como pocos.

Niños ingenuos me parecen los críticos que han sostenido que González imitó a Núñez de Arce. No encuentro ningún punto de contacto entre la emotiva profundidad de nuestro poeta con aquel buen don Gaspar cuyos versos parecen peldaños de una suntuosa escalinata de piedra que no lleva a ninguna parte.

Los jóvenes intelectuales de hoy, cuya inmensa mayoría milita en las filas de la poesía

moderna, tan injustamente atacada por la miopía humana, lo han considerado siempre el más alto exponente de nuestra literatura. Casi todos ellos han dedicado algunas de sus primeras poesías al excelso vate con el secreto fervor de los que prenden luces en el altar de una divinidad.

Todos hemos sabido de memoria y recitado con verdadero cariño su «Lucrecia Borgia», «El Album», «Occidentales», «Excelsior», la genial «Dantesca».

El fué el inventor del Tripentálico, verso lleno de elasticidad y de armonía: Lo empleó en «Lucrecia Borgia» y en otros poemas.

Si Pedro Antonio González hubiera nacido en otro país, seguramente su nombre sería mucho más respetado y sus obras estarían editadas por cuenta del Gobierno como una muestra de la capacidad intelectual de su nación.

Hoy que triunfa en España la mediocridad de un Villaespesa cuya *pupila etiópica* no ha alcanzado jamás la noción del arte verdadero, hoy que es príncipe de los poetas franceses Paul Fort—habiendo en Francia poetas de la talla de Jammes, Verhaeren (belga) y Romáin—hoy es bueno recordar a González que con

menos renombre vale más que cualquiera de los dos anteriores.

Es tiempo ya que los jóvenes hagan valer sus ideas contra los honorables fósiles enlevitados y el primer paso debe darse levantando una estatua al gran poeta de Chile.

¿No habrá en los jardines del Parque Forestal, o en cualquier otro paseo público, ni un pequeño sitio que pueda honrarse con la presencia del poeta?

Claro está que sí. Pues manos a la obra; ha llegado el momento.

Lo merece porque fué grande y porque fué insultado.

La crítica ululó contra él.

Vásquez Guarda lo asaeteó. ¡Fué como escupir al cielo!

Vásquez Guarda quiso seguir las huellas de Clarín. Clarín llegó a la Gran Montaña, en tanto Vásquez Guarda se quedó en las huellas.

Lo merece porque mientras llovían las pedradas que querían sepultarlo, llovían los laureles para Rodríguez Velasco.

Rodríguez Velasco está inerme entre sus laureles y González florece entre sus piedras.

La eterna historia de los genios y la eterna historia de los Sanchos.

Rodríguez Velasco está muerto vivo, González está vivo muerto.

Todavía hay algunos elefantes blancos que se permiten discutir las excelencias de González. Pueden pasar los elefantes blancos como una curiosidad del reino animal. Al palacio de la verdadera crítica no han de entrar; su lugar está en los Jardines Zoológicos.

Hoy que es el día de su apoteosis ¿qué harán sus detractores?

Huirán como una manada de orangutanes a llorar su derrota entre los cocoteros.

Contra él sólo rugieron los huérfanos del Arte, los que no alcanzan la Belleza, los que viéndola de lejos no la han poseído nunca; los impotentes. Rugieron rabiosamente, con la desesperación de un sátiro castrado ante una ninfa adorable.

¡Poeta, llegó el momento de tu Apoteosis!
